

de las ramas pero no pudo y cayó al  
 precipicio.  
 D. Diego inmediatamente rasgó sus ves-  
 tidos se hizo el torso con unas ramas to-  
 madas en el camino de casa, y a grandes gritos co-  
 menzó a pedir auxilio. A poco los criados  
 llegaron, y D. Diego les dijo que á D.  
 Juan se le había deslizado el pie, y había  
 caído al abismo.

CONCLUSION.

Quince años después una mañana, lúmba-  
 das de las Cauchinas murió en olor de  
 santidad. Era Leonor, cuyo cuerpo se en-  
 contró lleno de cilios y lacetado por la  
 piel.  
 D. Diego casi en ese tiempo regresaba  
 de España; pero naufragó en las costas de la

PEPITA.

CAPITULO ALPHOSINA

PEPITA



I  
EL CAPITÁN Y SU TENIENTE.

—¿Qué hay de nuevo, mi capitán?

—Poca cosa, teniente: una partida de doscientos caballos debe acercarse dentro de ocho días, con la intención de entrar al pueblo y saquearlo.

—¿Y la batiremos, mi capitán?

—Es cosa de pensarse, teniente. Dávalos, porque esos hijos de Satanás, según me han dicho, están muy montados y armados, y...

—Entonces tendremos que volver grupas, contestó el teniente sonriéndose sardónicamente.

—¿Volver grupas?... Eso no, interrumpió el capitán algo colérico; una vez que entremos en batalla...

—Esa es la dificultad.

—¿Que quiere decir eso, teniente?

—Nada, mi capitán, nada; esos hijos de Lucifer están bien armados y bien montados, y....

—Y así pudiera ser una legión de fantasmas que....

—¿Conque si se acercan, saldremos á su encuentro?

—Sin duda, respondió el capitán, arrojando una mirada al teniente Dávalos, en la que se traslucía una de esas resoluciones enérgicas, que sólo Dios tiene el poder de cambiar.

El teniente bajó los ojos; una sonrisa convulsiva pasó por sus labios, y sus mejillas aguardientosas se pusieron un poco pálidas; mas haciendo un esfuerzo, contestó:

—Bien, muy bien; esas fiestas son la delicia del teniente Dávalos: si los enemigos están bien montados, tanto mejor, tendremos cosecha de excelentes caballos para los valientes muchachos; pero siempre será bueno, mi capitán, el indagar cómo andan las cosas, porque si los realistas son muchos, no sería prudencia el exponernos á un lance....

—Los militares siempre tienen necesidad de exponerse; si no es usted de mi opinión, teniente, entonces los conventos están abiertos; abríse una corona, vestir un sayal, y buenas noches.

—Mi capitán, respondió el teniente mordiendo los labios, usted fué el que primero hizo esas reflexiones.

—Pues bien; ahora no reflexiono más, y repito que si los rebeldes se acercan, los batiremos.

—Muy bien; yo estoy á las órdenes de usted, y á la hora del peligro veremos....

—Si, á la hora del peligro veremos....

Los dos interlocutores se hallaban en un cuarto amueblado con toscas sillas de madera blanca, una pesada mesa con una carpeta de paño azul, y en un rincón un catre con fina sobrecama y aseados almohadones. Era el aposento del capitán, el cual era hombre de mediana estatura, sumamente delgado y un tanto pálido, de manera que á primera vista se le podía creer débil, enfermo, é incapaz de llevar á cabo ninguna empresa militar.

El teniente Dávalos, por el contrario, era alto, de anchas espaldas y muñecas gruesas. A su rostro, tostado y enrojecido por el sol, daban sombra un espeso bigote y unas alborotadas patillas; y sus ojos algo torvos y hundidos, completaban el aspecto casi feroz de su fisonomía. La luz vacilante de una mecha de aceite chisporroteaba de vez en cuando, y entonces marcaba distintamente el contraste de las fisonomías de estos hombres, que durante el diálogo que se acaba de referir, habían permanecido en pié uno enfrente de otro. La escena

pasaba en un pueblo del departamento de Morelia, y es inútil decir que era la época de la independencia. El capitán, que se llamaba Luis Castillo, era uno de tantos hombres que armaba sus guerrillas y peleaban por su cuenta contra el gobierno español, y cuya memoria se ha extinguido con su vida, como la de tantos otros, que á pesar de verter su sangre por la libertad, la fortuna no les permitió que conquistaran un nombre en la historia.

El teniente, como se habrá conocido, no creía que un hombre de un físico tan débil como el capitán, pudiera ser valiente en la campaña. El capitán, que acababa de ajustar á sueldo al teniente Dávalos, no había formado juicio exacto de si su valor moral estaría en armonía con su constitución física, y así ambos sin haber tenido ocasión de conocerse, se tenían en poco.

Mientras hemos hecho al lector estas cortas y necesarias explicaciones, nuestros dos personajes han permanecido en silencio: por fin, el teniente lo rompió.

—¿Tiene mi capitán algo que ordenar? dijo con voz hipócrita y tomando un ancho sombrero jarano con forro de hule, que había dejado sobre una silla.

—Nada, por ahora, teniente. Dávalos: mucho cuidado con la tropa; que los caballos coman bien, y que la gente esté lista, porque me temo que dentro de algunos días tengamos mucho que trabajar.

—Muy bien, mi capitán.

—Si hay alguna novedad, que me avisen.

—Sí, mi capitán: conquie adíós.

—Hasta más ver, teniente; á la hora de la diana estaré en el cuartel.

Los dos se dieron las manos.

—Este diablo de teniente es un "jayan," dijo el capitán cerrando la puerta; poco faltó para que me hiciera astillas la mano. Puf, qué bárbaro; mas temo que sea una gallina en campaña: pronto lo hemos de ver.

—Este capitán, dijo el teniente al dar vuelta por un callejón obscuro del pueblo, es débil como un alfeñique: con un soplo lo derribaba yo al suelo. Y parece algo atrevido y baladrón: pronto lo hemos de ver.

## II

### LA ENFERMA

Preocupado el capitán con la conversación que acababa de tener con el teniente, y meditando en toda la malicia que había expresado con su risa sardónica y sus palabras equívocas, resolvió no acostarse, aunque eran más de las once de la noche, y se salió á dar unos paseos por la acera de su casa, pues la noche era una de esas

tibias de la estación del verano, y los olores de los árboles frutales que había en el pueblo venían de cuando en cuando con las ráfagas de una brisa fresca y deliciosa.

De esta especie de meditación importuna y molesta, salió el capitán á causa de haber oído primero gritos, y luego quejidos, que parecía exhalar alguna persona enferma y dolorosa. Fijó su atención, y halló que tal rumor salía de una casa de pobrísima apariencia, situada frente á frente de la suya. Movido por un impulso de curiosidad llamó al asistente.

—¿Sabes, José, le dijo á su asistente, quién vive en esa casa?

—¡Toma! ¿qué no sabe su merced, mi capitán?

—No sé....

—Mi capitán que conoce á todas las muchachas bonitas del pueblo, ¿cómo ha de haber dejado de mirar á Doña Pepita?

—¡Doña Pepita! ¿y quién es esa Doña Pepita?

—¡Toma! repuso José, es nada menos que una de las muchachas más bonitas del pueblo; no hay más sino que la madre, Dios la perdone, es una mala cabeza; suele beber vino, y entonces da terribles golpes á la niña.

—¿Y serían por esta causa los gritos que he escuchado?

—¡Eh! sin duda; ¿oyó su merced gritar?... pues seguro; era esa infernal vie-

ja Gregoria que martirizaba á su hija. ¡Ojos de bruja! Con razón nunca la he podido ver!....

Los quejidos continuaban, en tanto que José, el asistente, charlaba, y el capitán no pudo evitar el ir á la casa, movido ya por la compasión, ya por la curiosidad. Apenas hizo un leve esfuerzo, cuando la puerta, que sólo estaba detenida con una escoba, cedió, y el capitán se encontró en un cuarto amplio, con las paredes de adobe cenicientas y llenas de telarañas é insectos; el suelo sin enladrillado, y los únicos muebles que había era una gran caja pintada de encarnado, algunas sillas pequeñas amarradas con mecate, un tinajero con algunos platos y una tinaja de agua, de barro ordinario: una vela de sebo pegada á la pared alumbraba débilmente esta estancia y le daba un aspecto más lúgubre, de suerte que el capitán se asustó al contemplar tal habitación. Una ojeada le hizo descubrir una mujer acostada en un rincón del cuarto que roncaba como un lechón, y otra en el otro extremo que se quejaba dulcemente.

El capitán tomó la vela y alumbró á una de las mujeres: era de rostro grueso amarotado, de sus labios aún destilaba el licor, y su sueño inquieto y sus ronquidos procedían de los espíritus que habían trastornado su cerebro. El capitán apartó la vista disgustado.

La otra mujer era una niña de dieciseis

años á lo más. Estaba acostada en un petate, tenía un banco y unos harapos de catetera, y la cubría una tosca frazada. Su rostro era bello, aunque encendido por la calentura; sus pequeños labios amoratados, y al derredor de sus ojos, sobre los cuales estaba tendido su párpado, sombreado de negras y rizadas pestañas, había una línea cárdena. Se quejaba dulcemente y sus manos encrespadas y cadavéricas, como en actitud de rogar al cielo, se habían quedado enclavijadas sobre su pecho de alabastro: un pequeño pie, aunque algo descarnado y amarillento, sobresalía de las ropas y reposaba sobre la tierra fría del pavimento. La niña hacía ocho días que en aquella situación sufría una fiebre nerviosa.

—Esta debe ser la hija, y aquella infame la madre, dijo el capitán limpiándose una lágrima que le arrancó la contemplación de la pobre criatura. Véamos; ó no hay justicia en el cielo, ó esta vieja la debe pasar muy mal en la otra vida.

El capitán salió, y á poco regresó acompañado de José, que traía un catre, ropas limpias de cama, y almohadones. Con mucho cuidado levantaron á la enferma, la colocaron en la cama, le aplicaron unos sinapismos en los piés; la abrigaron mucho, conduciendo á la vieja á otro cuarto que había en la casa. Retiróse el capitán ya más tranquilo y resuelto á prestar á la moribunda en cuanto amaneciese el siguiente día, todos los auxilios necesarios.

De hecho; en cuanto amaneció, el capitán envió á buscar un médico, y una mujer que se encargase de asistir cuidadosamente á Pepita. Luego que vinieron, el capitán se dirigió á la casa, y tuvo el gusto de encontrar á la enferma un poco mejor. La vieja, á quien se le habían disipado los humos del licor, se hincó ante el capitán, lloró, pidió perdón á Dios, y prometió asistir á su hija con todo esmero. En efecto, vigilada por el capitán, cumplió su palabra, y el médico, por su parte, se portó bien, pues al cabo de diez días la enfermedad hizo crisis, y Pepita se vió fuera de peligro, aunque si extremadamente débil y extenuada.

Cuando la muchacha volvió al uso de sus sentidos, su sorpresa fué grande. Recordaba, aunque vagamente, que su único lecho había sido una miserable estera, y despertaba, por decirlo así, en una magnífica cama, y se veía rodeada de cuidados y atenciones. La cuidadora le hizo entender que todo lo debía al capitán Castillo: así es que la primera vez que éste fué á informarse de su salud, Pepita quiso manifestarle su reconocimiento; pero no pudo, porque la voz se le anudó en la garganta, y el llanto nubló sus grandes y negros ojos.

—No hay que hablar de esto, Pepita, le contestó el capitán conmovido. Lo que he hecho con usted lo haría con todo el mundo. ¡Voto á Dios! ¿había yo de acostarme

tranquilo en mi mullido colchón, mientras una linda muchacha se moría en el duro suelo? Guarde usted lo que le he dado, pues su salud está delicada y necesita cuidarse. ¡Eh! y no hablar más de eso, ni llorar, porque le hará á usted mal.

El capitán no omitió ningún gasto, ningún género de cuidado para asegurar el completo restablecimiento de la niña, y empleó para esto tantas atenciones y cuidados, que Pepita no tenía palabras con que darle gracias, y sólo cuando lo veía se le encendían sus mejillas de rubor.

### III

#### OTRA INFAMIA.

Dos meses después de la fiebre, Pepita era un serafín, la enfermedad bastante cruel y peligrosa sirvió para que después se desarrollaran sus proporciones físicas. Creció y se puso erguida, ligera, esbelta y flexible como una palma; sus mejillas llenas de salud y de vida, eran redondas, y de ese blanco transparente y delicado que se asemeja á las hojillas que están en el corazón de las rosas; sus ojos tomaron un brillo y expresión indefinibles, y sus pies y manos pequeñas se tornearon perfectamente y llenaron de primorosos hoyitos, que también se le formaban en los carrillos,

cuando abría para sonreirse sus labios aterciopelados y dejaba ver dos hileras de dienteitos blancos, incrustados en sus frescas encías de nacar. Pepita, repito, era más bella que los primeros lampos de luz de la mañana, que los jardines de flores, que el crepúsculo de la tarde que... solamente un angel del cielo podía ser comparado á esa pura é inocente criatura.

De paso sea dicho, que el capitán tenía mucha parte en esta alegría y belleza de Pepita, pues no limitándose á cuidarla cuando se hallaba enferma, le había continuado enviando ropa y dinero, y eso con tal delicadeza, que en los dos meses apenas la había saludado dos ocasiones desde la puerta de su casa.

Una tarde de esas brillantes y diáfanas; estaban sentadas en la puerta Pepita y enfrente la vieja Gregoria: calculó á todas sus anchas lo hermosa que era su hija, y concibió un proyecto infernal, que no deja de ser frecuente en la clase baja de la sociedad, que no tiene ideas ningunas de moral. Gregoria resolvió vender á su hija.

Al día siguiente, muy de mañana, se dirigió Gregoria á casa de un rico hacendado, viejo de esos inmorales y disolutos que compran sus placeres con el oro.

—Buenos días, Gregoria; ¿qué vientos te traen por acá? ¿Estás ya más humana? le dijo el rico sátiro, soltando una carcajada que dejó ver su boca con sólo dos dientes negruscos y temblorosos.

—Venía yo á saber si su merced tiene siempre cariño á mi hija Pepita.

—Ya sabes que la adora, mujer, y que sus desdenes no han hecho más que encender mi amor.

—Pues entonces su merced me dirá...

—Ya te he dicho: proporcióname una entrevista, y estos doscientos pesos son tuyos.

El viejo sacó una bolsita con oro, y la sonó á los oídos de Gregoria.

Gregoria dejó ver en sus ojos colorados una expresión de una avaricia infernal, y luego dijo:

—Se conoce que su merced no tiene maldito el cariño á mi hija.

—¿Por qué?

—Porque ese dinero es poco.

—Bien; doblaré la parada.

—Es poco.

Doblaré la parada.

—¡Ochocientos pesos! contestó la vieja después de un momento de reflexión.

—Ochocientos, vieja de Lucifer, contestó el viejo animado de un gozo siniestro.

—Está concluído el trato, repuso Gregoria, inclinándose á la oreja del viejo. Mañana á las doce de la noche, hora en que el capitán Castillo estará recogido, aguardo á usted.

—¡Y ese maldito capitán Castillo!

—Ha protegido á mi hija en su enfermedad, y aunque casi no la ve, tal vez...

—Convenido; á las doce.

—Dos palmadas muy suaves.

—Corriente.

—Ahora necesito algún dinero.

—Toma, miserable, toma, dijo el viejo arrojándole en el seno una bolsita de seda con oro. Si me engañas, te hago emparejar.

La vieja salió; y el sátiro, riéndose á sus solas y restregándose las manos de júbilo, se dejó caer en una enorme butaca de cuero.

## IV

## LA PROVIDENCIA.

El simple relato de la conducta de la madre de Pepita, habrá hecho á los lectores llenarse de cólera. Este es un género de moral, expresado, por decirlo así, de un modo nuevo y que se le debe al romanticismo. Basta presentar sencillamente una escena de esta clase para llenarse de indignación contra esas almas pervertidas, que chocando contra la moral universal, contra las máximas de la religión cristiana y hasta contra las costumbres establecidas en la sociedad, labran la desgracia eterna de las criaturas que tienen á su cuidado. Gregoria, entregada á un vicio detestable, trató de matar la existencia física



de su hija, y no habiendo podido hacerlo, trataba de matar su existencia moral. Como queda dicho, por una desgracia estos acontecimientos horribles son frecuentes en el mundo, y mis lectores no encontrarán nada de inverosímil. Gregoria era necia, idiota, no tenía en el fondo de su alma más que un resto de superstición, y un instinto para hacer el mal. Así, cuando salió de la casa del viejo sátiro, ni un solo remordimiento ni un solo pensamiento triste le vino á la mente. Pensó simplemente que encendiendo unas velas á la Virgen, y mandando decir unas misas al cura, se purificaba de su crimen; y por otra parte, pobre como era su hija, nadie se había de casar con ella, y no se había de quedar para "vestir santos;" palabra sacrílega y profundamente horrible en boca de una madre. . . . .

Eran las doce de la noche; reinaba en el pueblo un profundo silencio, y como las calles estaban sin alumbrado, la obscuridad era completa. Un hombre embozado se deslizó entre las sombras, tocó suavemente una puerta. A la tercer palmada se vió brillar por la abertura una luz; el hombre entró, y la puerta se volvió á cerrar tras él. Todo quedó de nuevo en silencio. . . . .

La perdición de Pepita estaba decretada, y se hallaba entre dos verdugos, que no le tendrían compasión.

El capitán, contra su costumbre, había permanecido en el cuartel entretenido con sus eternas disputas con su teniente Dávalos, y poco después de las doce de la noche se retiraba á su casa, soñoliento, cansado de tanta charla del valentón. Acaso un presentimiento le hizo pasar por la puerta de la casa de Pepita; oyó gemidos, sollozos ahogados, blasfemias y juramentos proferridos con una rabia concentrada por una voz masculina. Empuja. . . . la puerta cede. . . . Pepita en cuanto lo reconoce se arroja á sus pies, y abraza sus rodillas.

—La Providencia, exclama llorando, envió á usted la otra vez para salvarme la vida; la Providencia también manda á usted ahora para salvarme el honor. ¡Capitán, capitán, han querido hacer una infamia conmigo!

El capitán comprendió al momento todo, y dijo á Pepita:

—¿Te fías en mi honor y en mi probidad?

—Sí, haced lo que queráis.

—Pues bien; levántate y ven conmigo, abandona esta casa donde se te ha querido cubrir de vergüenza y de infamia; y vos, miserable viejo, salid al momento de aquí: en cuanto á usted, señora, continuó dirigiéndose á la madre, olvide que ha tenido una hija.

El viejo había permanecido petrificado con la súbita aparición del capitán; más recobrándose un poco le asaltó un raptó de cólera, y sacando un puñal, de un salto se puso al alcance del capitán. Este, protegiendo con un brazo á Pepita, con el otro asió la muñeca del viejo y la apretó fuertemente, de manera que le hizo soltar el arma, y hacer horribles gestos á causa del dolor.

—¡ Infame seductor! le dijo, tened cuenta con que esta criatura es ya mi hija; si volvéis á maquinár contra su inocencia, no dejaré ni escombros de vuestras casa ni de vuestra hacienda. Salid.

El capitán condujo al viejo hasta el umbral de la puerta, y allí lo empujó violentamente, de suerte que fué á caer en medio de la calle: luego tomó del brazo á Pepita, y se dirigió á su casa con ella, dejando á la madre encerrada con llave.

## V

## LA CENA.

El capitán Luis Castillo, á pesar de lo que va expresado, no era hombre de la mejor moral en punto á mujeres. Joven, soldado y con algún dinero, siempre estaba metido en aventuras y escenas amorosas; pero la influencia que Pepita ejercía sobre él, era increíble.

Es tan respetable la inocencia de una mujer, é interesan de un modo tan vivo sus desgracias, que ciertamente no inspiran otro sentimiento que el del respeto. Casi desde la enfermedad de Pepita, el capitán la amaba apasionadamente; pero no queriendo abusar de la influencia que tenía sobre la muchacha á causa de los beneficios que le había dispensado, jamás la había hecho la menor insinuación, y por el contrario, la veía muy pocas veces.

Tres días habían corrido después de los sucesos que van referidos, cuando el capitán llamó á José el asistente.

—Dime, José, le dijo, ¿ cómo le ha ido á Pepita?

—Ta, ta, no muy bien mi capitán; la pobre niña ha llorado mucho.

—Eso es natural.

—Si es natural, mi capitán, porque como ella dice, es una huérfana que no tiene más amparo que Dios y mi capitán; pero cuando vuelva con su madre... Ya sabe usted, mi capitán, esa maldita vieja bruja, tiene el vicio de beber vino, y entonces ese otro hipócrita de D. Diego... y á propósito, mi capitán, no le parece á usted bueno que en desquite de lo que quería hacer con la niña doña Pepita, le demos un golpe á su hacienda? ¿ Qué caballos tiene el hijo de su madre! Sobre todo, hay en la caballeriza un prieto y un alazán que vendrían como de molde para la silla de mi capitán,

—Más adelante pensaremos en eso, José; por ahora, dime si has tratado bien á Pepita.

—Como á mi propio capitán. Buena comida, su botella de vino, el catre muy aseado, y yo pendiente de sus labios para servirla.

—Muy bien, José, muy bien; mereces que te dé una gala para que bebas aguardiente.

El capitán tiró sobre la mesa una media onza de oro: José la recogió y dió gracias al capitán; éste continuó:

—¿Y has oído hablar algo de mí?

—¿A quién, mi capitán?

—A Pepita.

—Bueno fuera que pudiera hablar. Apenas quiere mentar el nombre de usted, cuando sus ojos son dos fuentes de agua...

El capitán sonrió primeramente, y después fingió que tosía, y se volteó á limpiar una lágrima.

—José, ve á decir á Pepita, que me daría mucho placer en acompañarme á cenar; y si accede, haz que pongan dos cubiertos aquí en este cuarto. Ve. . .

El asistente salió, y el capitán se puso á medir á grandes pasos el aposento. A poco volvió José.

—La señorita, dijo, viene ya, y la cena está en disposición.

—Bien, contestó el capitán, dispón la mesa, sirve la comida, y déjanos solos.

—Buenas noches, capitán, dijo Pepita entrando al aposento, y echando sobre sus hombros un rebozo de seda, con que tenía la cabeza cubierta.

—Buenas noches, Pepita; mucho te agradezco que te hayas dignado acompañarme á cenar.

—Es vd. un poco cruel, capitán, tengo una queja que darle.

—¿Te habré ofendido en algo?

—Sí, y mucho.

—Véamos, explícate.

—Hace tres días que estoy en su casa de vd. y no me ha visto.

—Era preciso dejarte sola, hija mía: tus pesares han sido grandes, tendrías necesidad de desahogarte, de llorar, de gritar tal vez. . .

—Es verdad, mucho he llorado.

—Ahora que te consideré más tranquila te he convidado á cenar, y en lo de adelante si tú consientes, comeremos juntos. . . José trae, según creo, un excelente pollo asado, una fresca ensalada. . . ; Eh! no hay más que resignarse á pasarla mal, Pepita; en casa de un hombre solo, la comida no puede ser muy agradable.

José llegó en efecto, puso un limpio mantel, cubiertos, platos, vasos de plata, y colocó sobre la mesa unos manjares aromáticos, y que incitaban el apetito.

—José es una alhaja, dijo Pepita; si fuera vd. casado, capitán, no estaría mejor servido.

—José es un buen muchacho, respondió el capitán; y para mí tiene hoy una nueva recomendación.

—¿Cuál es?

—El haberte servido con esmero, y el tener por tí particular cariño.

—¡El pobre José! es verdad, ha estado pendiente de mi voluntad para servirme, y en todo esto no he visto mas que nuevas finezas del capitán.

—No hablemos de eso, Pepita, y piensa en otra nueva vida, en un porvenir más halagüeño.

Pepita suspiró.

—Véamos: te diré mis planes respecto á tí, y puede ser te tranquilices con esto. Yo no tengo ni madre ni mujer; mis parientes se han olvidado de mí, y yo de ellos: soy solo, completamente solo. ¿Consientes en ser mi hija? ¿Serás tan bondadosa que reemplaces el vacío inmenso que la soledad ha dejado en mi alma?

—Capitán, el corazón generoso de vd. lo hace hablar así. Pero reflexione que va á perder su independencia, su libertad; que en lo de adelante seré yo un obstáculo para sus campañas, para todo: una mujer, capitán, es una carga muy pesada.

—Una mujer, sí, ¿pero un ángel como tú, Pepita? Mas déjame concluir. Decía que tú serás para mí cuanto hay en el mundo. La maledicencia de las gentes, dirá que eres mi querida, que tú eres una mu-

jer ligera, y yo un seductor que he abusado de tu desgracia. Poco importa todo esto, con tal que tu conciencia esté tranquila y yo satisfecho de haber obrado bien. A tu madre le daremos con que viva, ó por mejor decir, tú le darás, porque quiero que seas la dueña de cuanto tengo. ¿Lloras, Pepita, y por qué?

—De gratitud, capitán.

—¿Aceptas?

—¿Podría hacer otra cosa?

—Bien, muy bien; tú vivirás en los aposentos retirados de la casa, y yo aquí. Cuando estés de buen humor, cuando quieras, me harás compañía en la mesa. Por lo demás eres dueña de tu voluntad, y me tratarás como á un padre, como á un hermano, como á un amigo, porque yo soy tu verdadero amigo. Serás tú mi hija, mi hermana.

Pepita tendió una mano al capitán, y éste se la besó respetuosamente. En seguida llamó á José y le dijo:

—Pepita es la ama y la dueña de la casa; ordena á todos los criados que la obedezcan como á mí propio. En cuanto á tí, José, no tengo que recomendarte.

José inclinó la cabeza y se retiró diciendo:—Como hay Dios, que me alegro que la niña Pepita sea nuestra ama. Al fin, tarde ó temprano el capitán había de haber traído una de sus comadres; vale más que sea esta niña, tan buena y tan amable.